

VIERNES SANTO. CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

6 de abril de 2012

Is 52, 13-53, 12; Heb 4, 14-16; 5, 7-9; Jn 18, 1-19, 42

Hemos comenzado esta celebración en silencio, todo el mundo arrodillado y los ministros postrados en el suelo. Es la actitud que procede ante el misterio de la muerte de Jesús en cruz, ante la santidad de Dios que en su designio de amor ha querido que la cruz tuviera un lugar central en la humanidad. Postrados y arrodillados en silencio ante la crueldad del sufrimiento del Señor, ante la magnitud del sufrimiento del mundo; de un sufrimiento que Jesús ha asumido. Postrados y arrodillados en silencio porque sabemos que la pasión de Jesús continúa aún en sus miembros del cuerpo eclesial, en la humanidad. Compungidos y sin palabras ante el hecho de que la cruz de Jesús es para nuestra salvación: él tomaba sobre sí el pecado de todos, intercedía por todos y *sus heridas nos han curado* (1 Pe 2, 24). El alcance de todo esto, escapa a nuestra comprensión. Pero, intuimos el misterio de amor.

La liturgia de esta tarde, hermanos y hermanas, nos presenta la pasión de Jesús porque la consideramos contemplativamente; lo hace presentándonos una doble dimensión. Por un lado, está la dimensión que podían captar los ojos que seguían el itinerario de Jesús desde *el huerto* de Getsemaní hasta el Gólgota. Es la dimensión de la humillación y del sufrimiento terrible, tanto a nivel físico como espiritual. Pero nos presenta, también, otra dimensión, la que capta la fe iluminada por la victoria pascual de Jesús cuando reflexiona sobre los hechos. No son dos visiones opuestas, sino complementarias. Una capta el desarrollo externo de la pasión Jesús, la otra, nos hace ver cómo el Hijo de Dios hecho hombre se daba por amor para llevar a cabo el plan que, en su designio insondable, la Santa Trinidad había establecido. Tomando las dos, podemos entender algo del misterio del Viernes Santo, porque nos damos cuenta del sentido que le da Cristo y de su actitud espiritual con que lo vive. Así podemos captar su alcance salvador y la grandeza del amor de Dios que se da en la cruz. Así podemos captar toda la intensidad de aquella frase de san Pablo: *Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros* (Rm 8, 32). Y, también, de aquella otra de Jesús en el evangelio según san Juan: *Ahora mi alma está agitada y, ¿qué diré?: Padre líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora, Padre, glorifica tu nombre* (Jn 12, 27-28).

La cruz marca la hora de Jesús porque es el instrumento de su donación total. Y es, también, como lo manifiesta la pasión según san Juan que acabamos de escuchar, el trono donde Jesús es *elevado y glorificado*. Gracias a él, la cruz se convierte para el creyente un árbol frondoso de vida en el Espíritu. La cruz es, además, el lugar máximo de la donación del Dios Trinidad en la humanidad. Por eso la liturgia de esta tarde nos lleva a venerar solemnemente la cruz. La veneramos en el fondo del corazón; pero, al igual como lo hemos hecho con la postración del inicio, expresamos esta veneración con gestos corporales. De este modo, ante la cruz manifestamos nuestro respeto porque es el lugar divino donde Dios se revela como Dios humilde, como Dios del amor, como Dios que hace una opción irrevocable para la humanidad y, por tanto, como Dios solícito de los pecadores; Dios se revela, también, -en la cruz- como solidario de las oscuridades del corazón y del sufrimiento. Dicho brevemente, en el misterio de la cruz nos revela cómo es Dios, quién es el ser humano, a pesar de su fragilidad y su pecado, y qué valor tiene cada persona a los ojos de Dios. Ante esta realidad inefable de la cruz, nos arrodillamos, evocando las palabras que oyó Moisés ante la zarza ardiente, que manifestaba la presencia de Dios: *quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado* (cf. Ex 3, 5). Sí, el misterio de la cruz es *sagrado*. Por eso, la liturgia prevé que, al acercarse a ella para venerarla, se

pueda repetir el gesto de descalzarse que hizo Moisés; lo haré en nombre de todos. Luego, podréis acercaros a la cruz y expresar con un beso la veneración y el deseo de acoger el mensaje que Jesucristo nos da muriendo crucificado.

Venerando la cruz, no veneramos un objeto material, sino a Aquel que murió en ella. Nos lo da a entender la antífona que cantaremos: "Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero". Es una antífona que aúna las dos dimensiones de las que hablaba al inicio: la del drama de la pasión y muerte de Jesús y la de la Pascua que ve cómo el instrumento de patíbulo se transfigura en estandarte victorioso y en fuente de alegría y de vida. Por ello, además, invocaremos el Crucificado, que ahora está en la gloria del Padre, como "Santo es Dios, Santo y Fuerte, Santo e inmortal", y le pediremos que tenga piedad de nosotros, que hemos sido la causa de su venida al mundo precisamente para llegar a *esta hora* de la cruz.